

milde vida, para el que practicó la pobreza hasta la sublimidad, la dulzura en la firmeza y la justicia con la caridad.

D. Manuel Aldana Rivas.

Abril 11 de 1874.

El sábado pasado cumplimos con el tristísimo deber de acompañar al cementerio el cadáver de este nuestro amigo que murió en la flor de sus años, pero que llevó al sepulcro las bendiciones de sus padres, para quienes fué bueno y piadoso hijo; el cariño de su familia; y la gratitud de la sociedad, á la que prestó servicios como cumplido ciudadano. En presencia de la tumba que se abría para recibir sus despojos mortales y abstraído nuestro pensamiento por serias reflexiones sobre lo pasajero de esta vida deleznable que se consume rápidamente como una bujía batida por el viento, cruzaba por nuestro contristado espíritu una idea nacida del recuerdo de este finado amigo que habiéndose levantado lentamente con los sudores de un trabajo laborioso y constante, desaparecía de la vida cuando ya esperaba pasar tranquilamente una ancianidad dichosa en medio de las dulzuras de la familia, y con el respeto de la sociedad, que había sabido conquistar con la práctica del honor y la lealtad, prendas ordinarias del verdadero cristiano.

Sin embargo, amor de familia, honras humanas, esperanzas lisonjeras, dulces recuerdos, todo pasó; todo terminó en los bordes del sepulcro, sombrío lindero de esta vida terrestre y transitoria! Un solo

pensamiento pasaba por nuestra mente y este pensamiento era la inmortalidad. Nos preguntábamos si sería verdad que el sepulcro es el término definitivo de la pobre humanidad, como dicen algunos materialistas dignos de lástima; nos preguntábamos si esta luz que nos alumbraba interiormente se habrá de apagar para siempre, si este sér que nos vivifica se habrá de extinguir por completo, si no es inmortal el alma cuya grandeza se comprende mejor contemplando la miseria del cuerpo que se deshace como la arcilla. Ah! La humanidad exhala un grito universal de reprobación contra la doctrina que desea destruir la creencia de una vida futura con eternidad de premios y castigos. Si todo terminara en la tumba, el porvenir del hombre sería tinieblas, podredumbre, polvo, aniquilamiento, y contra este fin lleno de horrores protesta la inteligencia, protesta el corazón, protesta el hombre todo, cuyas eternas aspiraciones son una vida de eterna luz, de eterno y perfecto conocimiento, de eterna y ferviente caridad, una vida, en fin, que quede sumergida en la contemplación de ese Dios infinito que nos promete tanta verdad, tanta belleza y efusión de infinito amor.

Si no hubiese otra vida ¿adonde hallarían reposo á sus fatigas y premio á sus virtudes las almas laboriosas que, como la de nuestro malogrado amigo, pasan la vida de la tierra trabajando con el cuerpo, con la inteligencia y con el corazón, por la familia, por los prójimos, por la sociedad, esas almas fuertes y animosas que se sacrifican por el bien ajeno y que renuncian hasta los pocos consuelos que se aciertan á hallar entre las penas de esta vida?

la independencia y de la libertad de la tierra que para nosotros es la más bella, la más galana, la más querida de entre todas las que el sol alumbraba y calienta con sus vivificadores rayos. Arranquemos de nuestra frente el sello del abatimiento y de la indiferencia, y que irradie en ella el fuego del amor más sincero á la tierra mejicana, que sustenta todavía la civilización, y por la cual abrigamos risueñas esperanzas de prosperidad y grandeza.

La patria, formada y levantada por la Iglesia católica, lleva el signo de la cruz ú otro símbolo de fe en todos sus recuerdos más gloriosos, en todas sus más levantadas y verdaderas glorias: nunca puede dejar de ser creyente, porque en lo más íntimo de su seno lleva grabado indeleblemente el amor y fidelidad á su Dios que la hizo noble y generosa, y que la hará grande, poderosa y honrada en el consejo de las naciones y á la vista de los pueblos, si conserva intactos los timbres de su religioso origen. Y los conservará sin mancha; que primero fenecerá entre tormentosos dolores antes que dejar se corte ese vuelo fogoso que la impele irresistiblemente á unirse en estrecho y cariñoso abrazo con la Iglesia divina que la arrulló amorosamente en su cuna y que la dotó de las instituciones más útiles, más humanitarias y civilizadoras.

Perdonad, si cuantas veces hablo de la patria, mi corazón se vuelve ansioso buscando por el otro lado á la Iglesia católica: amo á la patria y á la Iglesia, como amo á la dulce madre que me dió el ser, y esos amores que nacieron juntos, se sostienen y se vigorizan con la misma savia, con la savia de la fe. He allí porque cuando mi corazón palpita por la

Iglesia, palpita también por la patria, y cuando mi oración se eleva ferviente por la una, el pensamiento no puede ménos que pensar en la otra.

En este momento, desearíamos ser poetas de inspiración arrebatada, escritores pulcros y elegantes, para despertar en nuestros lectores el más vivo entusiasmo, para rendir homenajes de filial cariño, derramando los más puros sentimientos del alma en frases tiernas y dulcísimas, en estrofas sublimes y deleitosas. ¿Por qué Dios mío, no nos habéis otorgado tan benéficos dones de vuestra próspera y liberal mano? Ahora, brotarían de nuestra inteligencia ideas luminosas que traducidas en entusiastas palabras manifestarían toda la simpatía que sentimos por el recuerdo de la autonomía de la patria. Desearíamos que en este aniversario, el regocijo no fuese ese regocijo artificial y postizo semejante al ruido y humo de los cohetes, que á nadie conmueve, que nada dice ni nada significa; quisieramos una alegría verdadera y cordial, un alborozo ingenuo que estremeciese á todas las familias, á todas las almas, á las mujeres, á los adultos, á los niños y á los ancianos, de manera que el júbilo retratado en todos los semblantes hiciera comprender el vivísimo interés que despierta en los ánimos de todos la memoria de la independencia nacional.

La patria no es el gobierno que nos rige, no es México despues de 1821, no; es México desde que la noble raza española implantó en su suelo el estandarte de la civilización y la cruz del Evangelio; es México con su dilatadas y ricas tierras, con el cielo que le cubre, con los mares que le bañan, con sus monumentos de tres siglos, con sus tradiciones veneran-

das, con sus edificios seculares, con las obras literarias, artísticas, intelectuales de sus hijos, con las virtudes de nuestros antepasados, con el vigor y generosidad de las nuevas generaciones, con la valentía de sus guerreros, la justicia de sus magistrados, la probidad de su pueblo, la inocencia y pureza de sus vírgenes y la virtud heróica de sus santos: esa es la Patria, y á esa celebramos, y á esa honramos con indecible placer; y nos regocijamos de que haya adquirido la independencia y la soberanía que la engrandece y la enaltece proporcionándole ocasión de alcanzar honor con la prudencia y sabiduría del gobierno propio.

Por esto no comprendemos que sea condición necesaria, para celebrar la independencia de la nación, arrojar vergonzosos ultrajes á la Madre Patria, y á la Madre Iglesia. La Madre Patria nos hizo grandes bienes en su tiempo, y á fe que la misma República Mejicana no haría lucir ahora por los mares su magnífico pabellón y sus altivas águilas, si España no hubiese enviado á la tierra de Anáhuac, sus intrépidos soldados y sus evangélicos sacerdotes.

Las fiestas patrióticas deben ser de fraternidad y de amor: en este signo se conoce el carácter de los grandes pueblos, la estirpe de las buenas razas. El pueblo que convierte las fiestas patrióticas en fiestas de partido, en ocasiones propicias para ultrajar é insultar cosas venerables, está en decadencia moral, ya se indica que se ha secado la fuente de los sentimientos que elevan á las almas, y la savia que produce las ideas generosas. ¡Pobre literatura aquella que para finjir los arranques de un patriotismo que no se siente, se arroja al campo mustio y

enojoso de las exclamaciones ultrajantes, de los improperios y de los denuestos! Los arranques del verdadero patriotismo derraman una plácida serenidad en las almas, que las impulsa á estrechar ó reanudar los vínculos que siempre existen entre los hijos de un mismo suelo; y cuando las fiestas patrióticas aproximan los espíritus y los elevan sobre las cotidianas disensiones, entónces producen un verdadero bien social.

Tomemos participio, pues, en las fiestas patrióticas, pero con un espíritu cristiano. De ninguna manera lo podemos hacer mejor que uniéndonos á la Iglesia, asistiendo á la Misa y Te Deum que se canta en la Catedral á las ocho de la mañana: allí oraremos fervientemente por la prosperidad y felicidad de nuestra querida república.

El 2 de Noviembre,

aniversario de la independencia en Yucatán. (1)

(1881.)

¡Qué coincidencia! Este día, de graves pensamientos, de suaves y tristes remembranzas, el día de la fraternidad universal, es también el día de la libertad para la península de Yucatán. La humanidad toda de rodillas pide al cielo por las almas de los que la precedieron en el camino de la vida, y entretanto que nosotros, desde este rincón del mundo, oramos por nuestros queridos muertos, y por

(1) Este y los artículos siguientes los publicó su autor en «El Semanario Yucateco.»

Sí, no hay que dudarle; existe otra vida mejor, existe un cielo de completa felicidad, un paraíso de dichas imperecederas: así lo sentimos: así lo enseña esa religión santa en cuyo seno murió nuestro amigo, esa religión santa en cuyo regazo encontramos las suaves reflexiones que alivian el dolor de la separación temporal de los seres que nos están unidos por el cariño y por la amistad, esa religión santa, en fin, que jamás debemos abandonar, porque ella sola tiene dulces consuelos, piadosas oraciones, santas ceremonias con que santifica las ruinas venerables del hombre. A ese cielo bellissimo que nos promete el catolicismo ha subido conducida por ángeles bienhechores el alma virtuosa de Manuel Aldana Rivas, que en la familia y en la vida social supo ser hombre de honor, hombre de patriotismo, hombre de religión, y por consiguiente, como decían nuestros mayores, hombre de bien, cuyo recuerdo vivirá largo tiempo en esta ciudad que en tan breve tiempo le vió crecer y morir.

D. Joaquín Dondé.

5 de Noviembre de 1875.

El miércoles en la tarde cumplimos el triste deber de asistir á los funerales que en la santa Iglesia Catedral se tributaron al Doctor D. Joaquín Dondé, honra de la patria, gloria de las ciencias físicas, modelo de cristianos y de sabios.

Si alguno puede merecer con justicia este nombre, es ciertamente el hombre virtuoso que la sociedad meridana llora, y que la juventud dedicada á

las letras lamenta inconsolable, porque siente la inmensa pérdida que ha sufrido.

Sin pretensiones de ninguna clase, si no fuese la de vivir entregado á sus queridos estudios, pasó su vida humilde y sosegadamente, lejos de las agitaciones tormentosas del mundo y de la furiosa lucha de los intereses, de las codicias y ambiciones.

Su saber era patrimonio de cuantos á él se acercaban deseosos de aprender; y lleno siempre de dulzura, de afabilidad, de tranquilo entusiasmo por el adelanto de las ciencias naturales, no sólo comunicaba gozoso sus conocimientos á quien ávido le buscaba para adquirirlos, sino que acudía ansioso á transmitir sus experiencias, á dar sus consejos y opiniones, á cuantos veía dedicados con decidida voluntad al estudio.

En Puebla y en Mérida consumía todo su tiempo en el laboratorio químico, y aun los pocos momentos que al trabajo escatimaba para esparcir el ánimo, los empleaba casi siempre en conversaciones útiles acerca de la química, ó en paseos por los campos, adonde sin duda recogió muchos de los datos que le sirvieron para conocer bastante innumerables plantas del país.

Profesor que fué en el Colegio Católico de esta ciudad, demostró con su enseñanza la ventaja y superioridad del maestro que conoce profundamente lo que enseña. El mismo Sr. Director de aquel colegio, el Sr. Pbro. D. Norberto Domínguez, fué su discípulo predilecto y querido; y puede decirse sin lisonja que el discípulo honra suficientemente la memoria del maestro.

Pero, sobre todo, descollaban en el Dr. Dondé las

virtudes cristianas, tesoro precioso cuyo germen sin duda adquirió en el hogar paterno. Su modestia, su paciencia, su resignación ¿quién podrá comprenderlas en toda su bella entereza? Sólo el que lo hubiese tratado íntimamente, el que con él hubiese departido en las expansiones de su amistad siempre fiel y sincera, el que lo hubiese contemplado en el lecho del dolor, ya cuando sufría las consecuencias de una explosión de fósforo en su laboratorio, ya en su última enfermedad que se prolongó lo necesario para poner á prueba su espíritu fuerte y sufrido.

Quien lo hubiese visto, hace algunos años, horriblemente desollado desde la cabeza á los piés, y sin exhalar siquiera una queja, sin dar la más mínima muestra de desesperación, hubiera sin duda admirado aquella noble fortaleza de alma; no menos que hubiera comprendido las dulzuras y sosiego de la muerte cristiana quien en sus últimos días lo hubiese visto festivo, casi contento, como si hubiese tenido la segura certeza de las delicias inefables que su Dios le tenía preparadas en la celestial morada de reposo y felicidad.

Ah! y bien que el sábio jamás había dejado desvanecer su cabeza con los humos del orgullo; y bien que amaba á su Redentor, á Jesucristo Dios y hombre! Su profundo saber no le hizo desdeñar las enseñanzas religiosas que recibió de sus venerandos padres; no le hizo avergonzarse de cumplir esas prácticas tiernas, sublimes y consoladoras que levantan el alma del débil y mísero mortal. Cada quince días recibía dentro de su pecho y estrechaba contra su gozoso corazón á ese Dios á quien ahora estará viendo en todo el esplendor de su belleza, con toda la

sublimidad de su majestad augusta. Y ¿sabéis cómo se preparaba comunmente á recibir la sagrada comunión? Su enfermedad le hacía necesario pasear en la mañana por el campo; y allí, recreando sus ojos con el cielo azul sereno, con la verdura de los bosques, meditaba en la ternura del amor de nuestro Señor, y al regresar de su paseo oraba en el templo y recibía á su Dios. ¡Cómo no ha de ser conmovedor considerar así reunidos en un corazón, en una inteligencia, la ciencia del hombre y la humilde sencillez del cristiano!

La noble juventud que anhela las cosas levantadas y generosas tiene aquí un ejemplo digno de imitación: sacuda el letargo moral que engendra la incredulidad, arroje léjos de sí la pereza que producen las pasiones, y emprenda con valor y esfuerzo el camino que siguió sin desviarse el ilustre difunto! Este es el verdadero patriotismo, la verdadera grandeza, el progreso genuino.

El 15 de Setiembre de 1876.

Cesen los inquietadores temores que embargan el gozo de todo corazón mejicano en estos instantes en que la guerra civil desgarrá las entrañas de la patria, haciendo concebir funestos augurios para lo futuro! Demos tregua á las diferencias y á la tristeza, y pensemos sólo en la Patria, y en sus recuerdos, y en sus glorias, y en sus grandezas, y en sus ilusiones, y en sus esperanzas. Entonemos con una sola voz acorde y armoniosa un himno de regocijo, un cántico de acción de gracias al Todopoderoso, que nos otorgó el preciosísimo don de la autonomía, de